

RESEÑAS

Cuadernos de **Historia Contemporánea**

ISSN: 0214-400X

<http://dx.doi.org/10.5209/CHCO.54315>EDICIONES  
COMPLUTENSE

Friedman, Max Paul. *Rethinking Anti-americanism. The History of an Exceptional Concept in American Foreign Relations*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2012, 374 pp.

Durante los primeros años del siglo XXI, la opinión negativa sobre Estados Unidos experimentó un incremento prácticamente en todo el mundo. Fue entonces cuando numerosos escritores y académicos, como Paul Hollander, comenzaron a preguntarse por qué el mundo odia a Estados Unidos, una cuestión que no era nueva. Esta pregunta ha surgido en reiteradas ocasiones a lo largo de toda la historia del país. Dependiendo de las circunstancias históricas, siempre se han percibido manifestaciones de admiración y de oposición a Estados Unidos, imperando una u otra según el momento. Sin embargo, los Estados Unidos han interpretado cualquier palabra de desacuerdo hacia sus actuaciones como una muestra de “antiamericanismo”. Se trata de un mito que se ha asumido ampliamente en el país, relacionándolo directamente con el “excepcionalismo”, el cual viene a afirmar que sería la bondad inherente a su modelo (sus valores propios como la libertad, el progreso y la democracia) la que suscita rechazos en el resto del mundo. Sería una hostilidad específica y un odio generalizado hacia Estados Unidos, que no ocurre con otros países.

Con este libro, el norteamericano Max Paul Friedman (American University, Washington, DC) pretende repasar los usos históricos del concepto de “antiamericanismo”, siguiendo el ejemplo de J.G.A. Pocock, Quentin Skinner y Reinhardt Kosselleck, y ver cómo ha derivado hacia una forma específica de discurso de poder. No pretende centrarse tanto en las distintas definiciones, sino en la evolución de las mismas. La hipótesis del autor es que la errónea interpretación de la noción de antiamericanismo ha perjudicado a Estados Unidos, limitando sus opciones políticas y sus oportunidades de cooperar con otros países, pues “en cuanto hay extranjeros que se oponen a las políticas de Estados Unidos, sus consejos suelen ser descalificados como antiamericanos [...], impidiendo así que las autoridades y el público estadounidense acceda a otras valoraciones y a considerar siquiera otras políticas alternativas que puedan resultar exitosas” (p. 366). Este concepto ha “cegado” a las administraciones e incluso a la opinión pública estadounidense, lo que ha generado errores de comprensión de numerosas situaciones internacionales, actuaciones desafortunadas y, en consecuencia, un incremento de la hostilidad exterior hacia el país. Friedman quiere comprender por qué muchos estadounidenses han percibido un ataque hacia todo lo que su país representa en aquellos lugares o momentos donde esperaban ser bien acogidos. Propone pasar de la pregunta “¿Por qué nos odian?” a “¿por qué este tipo de conceptos existe solo en Estados Unidos?”, y “¿cómo ha afectado a nuestras relaciones con el resto del mundo?”.

La obra se centra en dos áreas geográficas concretas: Europa Occidental y Latinoamérica, porque en ellas ha habido una mayor presencia de Estados Unidos a través de influencias políticas y culturales, vínculos comerciales o presencia militar.

El libro se estructura en seis capítulos, acompañados de una introducción y un epílogo. Tras presentar sus objetivos, hipótesis y organización, los dos primeros capítulos hacen un recorrido por la historia del concepto de “antiamericanismo”, desde sus primeras apariciones a finales del siglo XVIII hasta comienzos del siglo XX. Retrata distintos momentos en los que ciertas actuaciones estadounidenses generan reacciones que consideran antiamericanas, como por ejemplo, la protesta mundial en contra de las ejecuciones de los anarquistas Sacco y Vanzetti en 1927.

A continuación, hace un repaso del uso del concepto de antiamericanismo durante la Guerra Fría, explicando cómo se convirtió en una categoría de análisis fundamental, en un momento en el que comenzaron a desarrollarse las encuestas de opinión sobre Estados Unidos en el extranjero. Se partía de la premisa de que lo “normal” era la alabanza y admiración, nunca la crítica o el desacuerdo. Los estudios demostraron que la hostilidad hacia Estados Unidos no se había generalizado entre los europeos en esta etapa. Los rápidos cambios de opinión hacia este país indicaban que la valoración está determinada por los acontecimientos, pues reflejan un cambio en las políticas o las actuaciones. A continuación, enmarcado también en la Guerra Fría, el autor dedica un capítulo (“Mala vecindad”) a Latinoamérica y el antiamericanismo, partiendo de la intervención estadounidense en Guatemala de 1954, y repasando momentos clave, como la crisis de los misiles de Cuba de 1962.

El capítulo quinto se centra en uno de los momentos más importantes del siglo XX, en una relación directa con una mala interpretación del antiamericanismo: la guerra de Vietnam, conflicto que generó una oleada masiva de protestas a nivel mundial. En este contexto destaca la figura de Charles de Gaulle. El relato convencional afirma que el presidente francés se dedicó a minar los esfuerzos norteamericanos en Vietnam como un acto de venganza, deseando que Estados Unidos fracasara también donde Francia había sido derrotada. Friedman considera este episodio como un buen ejemplo de lo que puede ocurrir cuando los políticos y el público estadounidense aceptan el mito del antiamericanismo, cerrándose a cualquier consejo o crítica externa. Concluye que en realidad De Gaulle, acusado de férreo antiamericanismo, no estaba especialmente interesado en Estados Unidos, sino más centrado en que Francia recuperara una posición de fuerza, y por ello, no se sentía cómodo ante la dependencia estratégica que tenía del gigante americano. Solo De Gaulle se atrevió a expresar públicamente su opinión sobre Vietnam, mientras que otros países, como Gran Bretaña y Alemania Occidental, que pensaban igual, ocultaron su posición para complacer a Estados Unidos.

A continuación introduce un capítulo sobre el antiamericanismo en la “era de las protestas”, centrado en el antiamericanismo desde mayo del 68 y hasta la actualidad, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 y la guerra de Irak de 2003. Destaca cómo la generación que protesta en Europa desde los años sesenta contra Vietnam, la guerra nuclear y en favor de la ampliación de los derechos civiles fue la primera “americanizada”, cultural y filosóficamente. Al final de la obra, Friedman cuenta cómo el mito del antiamericanismo retorna con fuerza tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, contribuyendo a nuevos errores de interpretación cuyos efectos se extienden hasta el día de hoy. También recuerda la inmediata oleada de solidaridad mundial que se desencadenó, que fue rápidamente disipada por las represalias estadounidenses hacia Al Qaeda y el régimen de los talibanes. La manifestación en contra de la guerra del 15 de febrero de 2003 ha sido la mayor manifestación política de la historia.

Friedman concluye, por tanto, que el antiamericanismo se ha convertido en una especie de fobia hacia Estados Unidos, pero también en una excusa para descalificar cualquier opinión u acción que no concuerde con su tradicional concepción de “americanismo”. Lo irónico es que, en general, en el resto del mundo se tiene un gran aprecio por las libertades de la población estadounidense, y se admiran su ciencia y tecnología. Por tanto, la hostilidad hacia Estados Unidos surge generalmente por un deseo de defender la democracia, no en su contra. Esta situación demuestra una mayor importancia de los conflictos y acontecimientos políticos sobre las cuestiones culturales o psicológicas en las opiniones sobre Estados Unidos.

La obra destaca, además de por su interesante análisis y desmitificación del antiamericanismo, por el tratamiento exhaustivo de una ingente cantidad de fuentes primarias, procedentes de veinticuatro archivos y bibliotecas de nueve países, así como numerosos periódicos y revistas. Otra de sus principales contribuciones es su intento de dar voz a las clases populares, mucho más invisibles en la historia por un problema de fuentes. Por ello, hace un incisivo estudio de la información simbólica procedente de los proverbios y el argot callejero con referencias a Estados Unidos en diferentes países. Su excelente trabajo permite considerar a Max Paul Friedman como uno de los principales historiadores de las relaciones exteriores norteamericanas de los últimos años.

Aida Rodríguez Campesino  
Universidad Autónoma de Madrid  
aida.rodriguez@uam.es